

gir una página de la ciencia del Derecho social, poniendo en su lugar, que sus tabernáculos han de recibir el incienso, no solo de las manos que empuñan el cetro, sino tambien desde las sillas curules, y desde el noble y sencillo dosel del primer magistrado de una república.

Al esplicarme de esta suerte, me agita, señores, cierto vago temor. ¿Lo diré? Sí, por el honor de mi ministerio y de la doctrina que predico, mas bien que por mi amor propio. ¿Habré sido filiado con cualquiera sospecha en algun partido político? Podrá ser; pero yo os aseguro, que al penetrar en este templo, he dejado fuera de sus umbrales los pensamientos de la tierra, y al presente no me agitan sino los intereses de la Religion. Como ella, tampoco yo vengo á establecer una esclusiva, sino á fijar una idea: no me propongo abogar por ningun sistema político, sino demostrar que la santa Religion que profesamos es amiga de todas las sociedades bajo cualquiera de sus formas legítimas, y donde quiera reconoce y sostiene los derechos que nacen de las relaciones de Dios con la naturaleza humana.

Pero, señores, sin apercibirme de ello, estoy viendo ya el famoso acontecimiento que celebramos, bajo el otro aspecto que me propuse. Sin transicion paso, pues, á mi segunda idea.

SEGUNDA PARTE.

La paz de que hablo aquí, consiste, no en ese violento equilibrio de intereses contrapuestos en su igualdad de poder, sino en la inalterable y quieta posesion que tiene de su propio destino, de sus propios atributos cada uno de los elementos de nuestra dicha: mas nuestra dicha, para ser digna de nuestra naturaleza y de nuestros destinos, debe ser el producto combinado de la razon, de la voluntad y el poder. Conciértase la razon consigo misma, mediante la fé; conciértase la voluntad consigo misma, mediante la esperanza; conciértase el poder con la voluntad y la inteligencia, mediante la caridad. Un acontecimiento, pues, que arguye para la gloria de Dios el triple fruto de la fé, de la esperanza y la caridad, entraña por lo mismo todos los elementos de la paz, y he aquí, cómo en el suceso que á todos nos reúne en este lugar santo, celebra la Iglesia la gloria de Dios, y en esta gloria de Dios mira el Estado la dicha de la sociedad.

La paz está, señores, donde se reconoce y admite la verdad, donde se profesa y acata la justicia, donde se afirma y conserva el orden: la razon de esto es muy sencilla, y díganlo, si no, primero, la guerra de doctrinas; segundo, el choque de los intereses y el conflicto de las pasiones; tercero, el espectáculo que presenta la anarquía en la sociedad. Esto es palmario; pero lo que no era tanto

sin duda es el acuerdo comun acerca de los medios que podian unir á los pueblos y concertarlos en la verdad, en la justicia y en el órden. Ellos, lo mismo que los individuos, parecen condenados á vivir de puros escarmientos, sin mas diferencia, que en los individuos los choques se pierden desapercibidos en los pormenores de la vida privada, mientras que en las sociedades se sufren terribles agitaciones, y las hay tales, que parecen presentar al mundo amenazando ruina. Nunca he podido olvidar el célebre pensamiento de un publicista de nuestros dias, á cuyo juicio llegan crisis en que los pueblos necesitan pasar por el sepulcro, para volver segunda vez á la vida. Si la actual revolucion de Europa presentaba ó no su turno al apotegma del filósofo, no lo sé; pero los clamores de la prensa lo hacian temer, y el rápido curso de los desastres políticos hizo llegar el sacudimiento social de la Europa hasta las estremidades del mundo. Este enfermo estaba desahuciado, pues, bien lo sabeis. ¿Se ha curado enteramente? Nadie puede presumirlo; pero lo que hay de claro es, que con la vuelta providencial del Pontífice rey, anuncia los síntomas de una brillante convalecencia.

Bajo este punto de vista quiero colocaros, para dar toda la esactitud á mis ideas. No entra en mi plan la presuntuosa asercion de una conquista perdurable, cuando se trata de la paz entre los hombres. ¿Cambió ya la naturaleza humana? ¿se destruyeron ya esas encrucijadas, digámoslo así,

en que suelen chocar de frente la libertad y la ley? ¿han muerto, por ventura, los elementos primitivos de esas turbulencias frecuentes que agitan á las sociedades, lo mismo que á los hombres? ¿no tiene aquella mas razon que el Apóstol para quejarse como él, cuando se sentia impelido por dos principios opuestos, la ley de la carne y la ley del espíritu? (1) Lo mas grande que tiene el catolicismo, señores, para las sociedades modernas, es haberlas colocado entre la anarquía ó la precision de quedar necesitadas á pedir lo mismo mañana. Dios no es menos rico, menos sábio, menos omnipotente, porque la humanidad eleve á él sus clamores todos los dias; y la religion católica nunca dejará de ser la eterna depositaria y suprema dispensadora de la paz entre los hombres, porque estos abandonándose al impulso de sus caprichos, prosigan siempre en la guerra.

¿Qué será, pues, del mundo político en el porvenir? ¿Cómo encarnará en él esa eminente idea restauradora que saludan hoy todos los pueblos en la sagrada persona del Señor Pio IX? ¿Qué influjo va á tener su restitucion á Roma en la política europea? ¿Está resuelto ya el ruidoso problema? ¿La revolucion está encadenada? ¿Las negociacio-

Condelector enim legi Dei secundum interiorem hominem; video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae et captivantem me in legi peccati, quae est in membris meis. Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis illius?—Ad roman. VIII, v. 22, 23 et 24.

nes diplomáticas han ganado fuerza expansiva y regularizadora en la centralización de alguna idea irrevocablemente aceptada? ¿La silla temporal del Señor Pio IX está bastante firme, ó vacilará todavía? ¿su atmósfera política se halla enteramente depurada, ó nuevas y mas espesas nubes posarán otra vez sobre el Quirinal, y nuevos dias de lágrimas tendrán que pasar todavía el órden político y la Iglesia?

¡Qué multitud de cuestiones! ¡Cuántas sombras apiñadas sobre la inteligencia! ¡qué de espinas y escombros regados por la carrera de la prevision en la línea del porvenir! ¿Y por qué las he propuesto yo? Solo para una cosa, señores: para decir que no me importan, que no me afectan, que no me perjudican. No me importan, porque soy del santuario, y no de la política: no me afectan, porque el catolicismo tiene siempre atado mi corazon con una cadena de oro hácia la Providencia: no me perjudican, porque no vengo á profetizar hoy lo que ha de suceder mañana, sino lo que se ha de verificar siempre que el espíritu reinante, la idea elevada sobre el acontecimiento que hoy celebramos, influya en la marcha de las naciones: para lo primero, necesitaria ser político, y esta es una ciencia de pocos: para lo segundo, me basta ser católico; y esta es una ciencia de muchos.

No me olvido que acabo de hacer una concesion al pretendido poder revolucionario, porque acabo de conjeturar las lágrimas de la Iglesia. Llorará la

Iglesia, sí: llorará despues, como antes ha llorado; mas no llorará por ella, sino esas lágrimas que son el símbolo de la gloria: sí, llorará por sus hijos extraviados y pervertidos, por sus hijos infelices: llorará por el Estado: ¿lo entendeis? Esto es lo que queria decir.

Viniendo, pues, á los Estados, digo, que su tributo no ha quedado sin recompensa. Ellos han dado gloria á Dios, restituyendo á Roma al Vicario de Jesucristo; y la Iglesia les da la paz, convirtiendo en provecho suyo todos sus ricos elementos para mantener la verdad, la justicia y el órden en la tierra.

Sin duda que se ha conseguido mucho con la aceptacion de los principios y la renovacion de las esperanzas católicas, como os dije en la primera parte, y no poco fruto se ha recogido en esta iniciacion sublime de caridad representada en el movimiento católico de todo el mundo civilizado. De esto os hablé tambien algo, porque poco debia decirlos tratando de la cuestion especulativa. La caridad es toda práctica, bien lo sabais, y en verdad que Jesucristo no quiso que se le probase mas que con las acciones. Simbolizóla en la ley, y con solo esto, echó por tierra las cavilaciones indignas de los sofistas y los manejos malvados de los hipócritas. No son de poco precio, á la verdad, el pensamiento y la palabra que se filian bajo la bandera del bien; pero si la filosofia puede hallar un todo perfecto en el pensar y en el decir, la religion jamas concede

su diploma, sino á solo aquello que, iniciándose en la fé, se consume en la caridad por medio de las buenas obras. *No amemos, hijos*, decia el Apóstol San Juan, *con las palabras y con la lengua, sino con las obras y la verdad.* (1) Digo, pues, arreglándome á esta doctrina, que la valiosa conquista del Estado viene á tener su consumacion, digámoslo así, en la parte positiva y en los efectos prácticos del ilustre acontecimiento. El Sr. Pio IX ha vuelto á Roma, no por la puerta escusada ni por la línea desapercibida de una combinacion estraña al pensamiento práctico que domina en toda la sociedad actual, sino por esas vías espaciosas y francas por donde se precipita todo el presente siglo. Sí; la vuelta del Sr. Pio IX es un hecho social. ¿Queréis medir la estension de su resultado? Apreciad sus relaciones íntimas con la sociedad política. Estas relaciones nos conducen á reconocer, primero, una mayor estabilidad en la combinacion positiva de los elementos del orden; segundo, una garantía permanente de la unidad, alcanzada como un precioso resto en el naufragio comun en que iban á perecer los primeros Estados del mundo; tercero, una solucion práctica de las cuestiones mas prominentes que los ejércitos han estado agitando hace mas de medio siglo á sangre y fuego en el teatro de las disensiones civiles; cuarto y último, un escarmiento colosal que predomina sobre

(1) Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua; sed opere et veritate.—I Juann. cap. I, v 13,

todas las emergencias turbulentas y desorganizadoras que surgen aquí y allá en el dilatado campo del universo político. Me encargo de estos cuatro puntos para sacar avante la segunda proposicion, que me propuse hacer sensible para bien de la moral pública en el aspecto social que, con permiso de la religion santa, he dado á mi discurso; pero encerrando en los estrechos límites de una produccion de este género una materia que seria todavía fecunda y amplia para un libro, creo me escusareis de buena gana, si me reduzco á simples y generales indicaciones.

Los elementos del orden, señores, no pueden combinarse hoy, dígase lo que se quiera, sino en la universalidad subordinada constantemente á la unidad, y esto es precisamente lo que distingue las sociedades modernas de las sociedades antiguas. Nunca estas formaron un cuerpo, bien lo sabeis; porque nunca tuvieron un espíritu que á todas las animase. Escoged una centuria (os dejo la eleccion) cualquiera, la que querais, en las épocas anteriores al cristianismo, y no formareis un todo, sino solo en vuestra fantasía. Del cristianismo acá, principalmente cuando él hubo difundídose por el orbe, el género humano no ha podido ser heterogéneo en su mayoría, es decir, en su parte civilizada: porque obraba por su civilizacion y segun su civilizacion. Obraba, pues, segun el principio que le hubo civilizado; se movia, aun sin apercibirse, por el catolicismo, que es el que ha civilizado al mundo. Si el

mundo, como el hijo pródigo, ha recogido varias veces el rico patrimonio, para irse á lejanas tierras; si en otras tantas ha disipado en los desórdenes de su vida social toda la rica herencia; si mil veces ha tenido que servir á un tirano, por no servir á un padre, y preferido sobre el alimento sano de la doctrina católica las bellotas inmundas de una filosofía bastarda; si nunca se ha juzgado mas glorioso algunas veces, que mintiendo á su nobilísima estirpe; de ello no tiene la culpa el padre que le crió, porque los desastres del mundo moral, reflectando siempre sobre las voluntades estraviadas por una libertad abusiva, no pueden volverse al cielo, sino para entrar al abismo por la justicia, ó volver á la nada por la misericordia.

Vuelvo á decir, que el mundo de hoy es otro; sus esfuerzos por el cisma no le librarán jamas de la unidad de su naturaleza. Las naciones de hoy parecen los miembros de un mismo cuerpo, y al ver esa multitud de afinidades que se desarrollan constantemente sobre la vida social, reconocemos al través de las diferentes formas con que se presenta cada Estado político, una cierta espresion de familia: sospechamos que corre por ellos la misma sangre; y, señores, ahora conozco que no es una sospecha, sino una realidad: corre por ellos la sangre de Jesucristo.

El catolicismo creó, pues, una condicion esencialísima de conservacion para la sociedad moderna. Esta, por la ley de su naturaleza progresiva y per-

fectamente desarrollada, es política, y no puede ser otra cosa, así como la religion católica, y no puede ser otra cosa: lo político y lo católico son dos ideas paralelas, y que han de marchar siempre paralelas, quiérase ó no: porque el movimiento de las ideas, y la fuerza expansiva de las cosas, son independientes de la voluntad humana. No está en la mano de nadie quitar á la sociedad un solo atributo de los que la constituyen. ¿En el estado actual de su desarrollo es política? No temais que deje de serlo, porque no debeis temer que vuelva á la infancia. ¿Por la naturaleza de sus relaciones es religiosa? Dejad, pues, á los ateos y á los deistas que se diviertan con sus delirios, ó mas bien, encomendadlos á Dios; pero no temais que deje de serlo. ¿Qué veis en la infancia del mundo? El orden doméstico en la sociedad patriarcal: ley de la naturaleza, religion natural, sociedad de familia. ¿Qué en su juventud? ley escrita de un lado, códigos imperfectos de otro, sociedad puramente civil: orden simbólico y figurativo en las altas revelaciones del culto judío; politeismo, es decir, falsas formas de la idea religiosa, en el mundo gentil: en suma, heterogeneidad en el mundo religioso y político. ¿Qué por último, en la madurez presente del género humano? y no olvideis que os hablo del carácter del conjunto, desdeñando los pormenores: ¿qué? sociedad política y religion católica: católico es lo universal en la idea religiosa; político es lo universal en la idea social. ¿En qué venimos, pues, á parar? En que á pesar de

la lucha de las doctrinas, del debate de las opiniones, del choque de los intereses, de la multiplicidad y multiformidad de las teorías, de la pluma y de la sangre, de los propagadores entusiastas y de los falsos profetas, el mundo levanta la cabeza, sigue andando, y continúa su antigua, su irresistible marcha, mostrándose en sus colosales dimensiones *católico y político*.

Y ¿por qué un fenómeno tan extraño en las previsiones de ciertos políticos? Porque la sociedad ha comprendido mejor, ó por lo menos ha sentido con mas fuerza, el valor político del catolicismo. La revolucion, que tendia á desnaturalizarle, ha restituidole todo su vigor social, poniendo en claro dos importantes verdades. ¿Cuáles? primera, que la religion y su Iglesia no están en oposicion con las combinaciones legítimas de la sociedad: que nunca se afecta de las formas, sino para perfeccionarlas y cubrirlas con el esplendor de la magestad; que ella es madre comun de las monarquías y de las repúblicas, y que en su inagotable fecundidad halla siempre recursos infalibles para afirmar todas las instituciones sociales. Segunda, que fuera de su círculo no puede haber sino contradicciones en las doctrinas, oposiciones en las ideas, choques en los intereses y anarquía en la sociedad.

Sí, señores: la religion es católica, porque es universal, y es universal porque es de todas partes y está en todas partes. El catolicismo no es un ropaje que la cubra solo por medio lado: veréisla ca-

tólica donde quiera que esté. Si está en la política, allí es católica: ¿y seria católica en la política, si escluyese algun linage de instituciones? San Pablo no distinguió entre las formas políticas cuando mandó á los pueblos que obedeciesen á sus autoridades: justo era, pues, que las autoridades no hiciesen alto en la situacion, cuando se trata de rendir al Ser Supremo los honores que le son debidos. *Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César*: (1) dijo Jesucristo estas dos palabras, y con ellas constituyó la sociedad moderna. Con ellas, señores, os hago una invitacion: estudiad la historia de los desastres públicos: no os ecsijo la fé; pero sí la lógica y el criterio. ¿Por qué tantas desgracias? por una de tres cosas, y por ninguna otra: ó porque no se dió á Dios lo que es de Dios, ó porque se rehusó al César lo que es del César, ó por todo junto. Esplicadme, si no, de otra suerte las revoluciones del Norte de la Europa, la revolucion francesa, y últimamente la revolucion italiana. En este artículo fundamental están, pues, garantizadas la libertad de los pueblos, la autoridad de los gobiernos, la paz de las naciones y la gloria de Dios.

Siglos hubo en que tales convicciones figuraron en el cuadro animado de la sociedad, en que realmente se dió á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, y en que garantida, por espli-

(1) Redite ergo quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Deo Deo. Math. cap. XXII. v. 21.

carme así, la vida social de la idea con la inalterable concordia de la Iglesia y del Estado, todo marchaba con magestad; y es muy digno de notarse, que la sociedad no empezó á retroceder, sino desde que idolatró en una invencion aérea, sacando el idioma de sus quicios, y poniendo con énfasis la palabra *progreso* en las instituciones sociales. Creyóse sorprender, y de facto se sorprendió, la atención pública con esta palabra. Entró en la filosofía, y acabó con la verdad; entró en las artes, y acabó con la belleza; entró en los intereses, y acabó con la justicia; entró en la moral, y acabó con la virtud; entró en la política, y acabó con el orden; entró por último, en la sociedad, y acabó con sus instituciones. Calma, señores, criterio, recuerdos bien analizados, relaciones bien fijas; he aquí lo que os pido. ¿Lo habeis pensado bien? Pues decidme ahora, ¿puede vivir esta palabra sin las revoluciones políticas? *Sí*, en su significacion natural, en su idea legítima, como habia vivido siempre, porque es contemporánea del mundo. *No*, en esa significacion arbitraria y caprichosa, si bien enfática, con que juega en los labios de ciertos políticos: porque aquí no puede tener mas atributo que ser el tema general de todas las revoluciones. Bien sabeis que esta palabra es jóven todavía, y lo peor es que debe serlo siempre; porque ella no puede llegar nunca á la edad madura, ni fallecer en la senectud: vive en las revueltas, y espira en la paz; medra en los trastornos, y acaba en el orden.

Pero qué, ¿el catolicismo está en oposicion con el *verdadero progreso* de la sociedad? Abrid, señores, los ojos, y reflexionad bien que el catolicismo es precisamente quien ha definido, enseñado, propagado é instituido en el teatro de la sociedad esta idea, hija legítima de la naturaleza humana, y que no puede contraponerse sino solo á la naturaleza divina. Dios es el *alpha* y la *omega*, el principio y el fin (1); y entre estos dos puntos está colocada la vida del individuo y la vida de la sociedad: partir del uno y dirigirse al otro es progresar. Una vez arribado á la ecsistencia, el retroceso es imposible, y por lo mismo debe ser imaginario; la quietud es la nada. ¿Qué inferís de aquí? Dos consecuencias importantes: primera, que solo Dios no pertenece al *progreso*; porque siendo un ser infinitamente perfecto, no tiene que obedecer á esa ley que solo comprende por su naturaleza lo que es perfectible. Echad una ojeada sobre la naturaleza fisica, y vereis la ley del progreso en el incremento, desarrollo y perfeccion de todos los seres; venid al mundo intelectual, y vereis la observancia ó la infraccion de esa ley, en los adelantos ó la decadencia de las letras, de las ciencias y de las artes. Traed vuestros ojos al mundo moral, y vereis simbolizados el *progreso* en la mejora, el *retroceso* en los atrasos de la civilizacion. ¿Cuáles son, pues, las naciones que mas progresan aún en el orden político?

(1) Ego sum Alpha, et Omega, principium et finis, dicit Dominus Deus, qui est, et qui erat et qui venturus est. *Apoc.* cap. I v. 8.

¿Aquellas por ventura que se están constituyendo y destruyendo alternativamente, y que han menester, digámoslo así, de un almanaque para contar sus revoluciones, como cuentan sus días? ¿Aquellas que de un golpe quieren aniquilar los siglos, para acelerar el triunfo de ciertas teorías? ¿O aquellas, mas bien, que bastante sâbias para querer luchar con la naturaleza, facilitan el desarrollo franco de todos sus elementos, buscan los adelantos posibles, y esperan sin agitacion para vivir sin turbulencias y gozar sin obstáculos? He aquí, señores, los dos progresos; el de la filosofia y el del buen sentido. El catolicismo ha fijado estas ideas, determinando sus puntos cardinales; las ha hecho pasar al campo de la vida práctica, sometiéndolas á la moral; las ha fecundado, haciendo que todo camine impelido por dos fuerzas conspirantes, la de la razon y la fé en el teatro vastísimo de la inteligencia, la de la naturaleza y la gracia en la diversa marcha de la conducta, la de Dios y del hombre en todo el sistema de los acontecimientos humanos.

Se ha dicho que *la Iglesia no es de este mundo*, y se ha dicho bien, pues lo enseñó Jesucristo (1); mas lo que se ha querido decir envuelve una suposicion falsa, y es por lo mismo esencialmente falso: se ha supuesto que no está en este mundo, para quitar á la sociedad su carácter religioso, y á la Iglesia su derecho temporal. *La Iglesia no es de este mundo*, pero está en este mundo: la sociedad

(1) Regnum meum non est de hoc mundo. Joann. XVIII, v. 36.

civil no es del cielo, pero va para el cielo. Encuéntrense, pues, ambas en la tierra, y aunque con orígenes y misiones diversas, tienen destinos análogos, íntimas y esenciales relaciones. Diversas en el aspecto, en la idea, en la abstraccion filosófica, por decirlo así; son unas en el hecho, pues que la sociedad civil está compuesta de los mismos que constituyen la sociedad religiosa.

¿Cuál es, pues, señores, la garantía permanente del orden en la sociedad moderna? Una institucion visible, constante, donde veamos la esencia física, la reunion actual de los elementos constitutivos de una sociedad una, universal, verdadera, justa, ordenada, constituida, en suma; una institucion donde soberanamente, esto es, con la plenitud interior y exterior de la independenciam y de la libertad social, viva y reine el principio católico y el elemento de la unidad política. ¿Dónde hallar esta institucion?—“En el pensamiento social,” clama el racionalista, y la sociedad le dice: “*mientes.*” El demócrata sostiene, que en la voluntad libre del pueblo, y el buen sentido le dice: “*mientes.*” El teocrático, creyendo hacer un homenaje á Dios, y trasplantando á la economía puramente humana de la sociedad civil el carácter definitivamente perfecto de la sociedad católica, dice lo que piensa, y la religion y la filosofia le replican “*mientes.*” —“En la buena combinacion de las formas,” afirma el constitucionalista; y la historia, señalándole con el dedo esos escombros donde se han venido

aglomerando las hojas rotas y pisadas de todas las constituciones políticas, le dice "mientes." ¿Dónde está, pues, esta institucion? En la doble silla que pasa alternativamente del Quirinal á San Pedro: allí está, y no puede estar en otra parte. Bien concibo la silla temporal en cualquier Estado: mas deben de estar juntas, ó no hay institucion; y la otra silla solo puede estar donde está el Papa, solo puede estar en Roma.

De este modo, señores, hemos visto por mas de una centuria disputándose palmo á palmo los destinos del mundo civilizado, en una sangrienta y escandalosa lucha, las escuelas racionalistas, las teocráticas, democráticas y constitucionalistas, contra el buen sentido, contra la historia y contra la religion. De este modo hemos visto venir el socialismo viento en popa, sobre tan reiterados encuentros y tantos cismas; y de este modo hemos visto figurar una crisis para toda la humanidad en los últimos acontecimientos. La Europa lo habia estado meditando, viendo y palpando todo, desde tiempos muy atras: díganlo sus escuelas y sus libros; mas le faltaba recibir un golpe que fuese al mismo tiempo intelectual, moral y material. Le recibió en efecto de su última revolucion: el instinto la condujo á buscar un remedio; restituyó al Papa, y hoy parece respirar. No sé si habrá sanado perfectamente; pero si os aseguro, que pasará á la posteridad con una noble cicatriz. Felicitemos, pues, católicos, al mundo por su desengaño, y pi-

damos á Dios que este desengaño no sea estéril, sino que afirme y perpetúe esta vuelta feliz de las cosas á un orden mas regular y mas constante.

Sin quererlo he vuelto al gobierno temporal de los Pontífices, que me ocupó no ha mucho en mi primera parte, dando una nueva demostracion, ó qué sé yo, si haciendo redundar una idea. No me pesa: ni hablo para mí, ni me dirijo á los sábios: he querido hablar principalmente al pueblo; y al pueblo nunca se le habla bastante cuando se trata de inculcarle ideas sanas. Por otra parte, yo he debido volver á andar algo de mi primer camino, para encontrar el objeto práctico que aquí busco. En verdad, señores, que nunca he temido por la subsistencia de los principios, independientes, como bien lo sabeis, de las opiniones humanas, tampoco estas me causan pena; tienen un círculo en que pasan su revista y describen su órbita. Una cosa importa saber: ¿cuál es al presente la condicion social de la idea en el mundo de lo positivo? Y despues de lo que he dicho, no me tardaré nada en daros una respuesta satisfactoria. Bástame señalaros á la Europa, deteneros en Roma y pediros el significado práctico del hecho glorioso que hoy celebramos; de un Pontífice vuelto á colocar en su trono temporal por las manos de la República francesa, y á la vista y con el beneplácito de todo el mundo civilizado. Cuando yo veo esto, os aseguro en verdad, que me cuesta pena y trabajo acordarme de una sola página de entre esa infinidad de libros y

folletos que han combatido la idea. Veo, reconozco, admiro el imponente suceso; doy gracias á Dios, y espero mucho para el mundo político.

¿Y qué os diré de la unidad? que habia desaparecido, señores, y con ella la brújula para los políticos, el Estado para los pueblos, y el aplomo para los gobiernos; pero que su reaparicion empezó á columbrarse un tanto, al través del suceso glorioso que nos ocupa.

¿Quién contará, quién analizará, ó dominará con su razon ese campo inmenso de combustibles ardiendo sobre el vasto suelo de la Europa, cuyos fuegos en oleadas reflejándose sobre ambos mares, vinieron á inflamar los mal apagados restos de nuestras pasiones políticas en esta parte del nuevo mundo? Desde aquel día para siempre memorable en que un pueblo inmenso dominado á la vez por la gratitud y por el entusiasmo, se precipitó sobre los muros del Quirinal, para felicitar á su nuevo Soberano, al cabo de seis meses de un gobierno franco y paternal, hasta esa otra época mas memorable todavía en que vimos postrado súbitamente desde su inmensa altura el trono de Luis Felipe de Orleans; es decir, en el brevísimo periodo de trece meses, toda la sociedad europea, como si hubiese atinado en sus invenciones con un rival que oponer al rápido curso de las edades, anduvo con su revolucion la carrera de dos siglos. Abriéronse repentinamente todas las esclusas que habian mantenido cerradas la prevision, el cálculo,

la política, la fuerza física y moral de la tierra; y como los vientos de la Fábula, se precipitaron de golpe por estos mil conductos, todos los torrentes diversos, mal contenidos por medio siglo, de las locuras filosóficas y de las pasiones políticas; y al estruendo imponente y aterrador de la catástrofe, tembló la Italia, tembló la Europa, tembló el mundo. ¿Qué confusion, qué trastorno! ¿Qué maravillosa confluencia de elementos conjurados contra las esperanzas y la conservacion de la sociedad!... ¿Y Roma? ¿Y su insigne Soberano? ¿Y aquellas protestas entusiastas de adhesion y de amor que se le rendian? ¿y aquel gran movimiento, aquel no interrumpido progreso de triunfos, aquellas incesantes ovaciones, aquel patriótico y libre clamoreo que se cruzaba todos los dias por las moradas de los Pontífices?... ¡Ah! la lengua se resiste á proseguir, y el ánimo, podria decir yo tambien, experimenta una secreta repugnancia para volver hácia tales recuerdos!

Roma, ese pueblo que tentaba incesantemente la imperturbable calma y la paciencia del nuevo Pontífice, para obtener su bendicion; que olvidaba los favores tan velozmente como los recibia; que condenado á vivir solo de aspiraciones, no veia lo que se le otorgaba, sino lo que el fanatismo de la situacion ponía sucesivamente delante de sus deseos: ese pueblo en cuyo corazon revivió, con el entusiasmo de la libertad, la noble fiereza de los Catones y la indómita osadía de los Brutos, sin el valor y constan-

cia de los antiguos romanos; que todo lo poseía para conmovier y destruir, nada para ordenar y establecer; que adormecido y acostumbrado en sus goces, sin comprenderlos, sin estimarlos, ni señalar su origen, solo se ocupaba en cambiar de posición; ese pueblo en cuyo seno andaban luchando, con su radicalismo imponente el *statu quo*, con su cabeza volcánica el republicanismo europeo, y con sus ilusiones bellas y candorosas el partido liberal; que se movía en todas direcciones, sin adoptar definitivamente una línea; que fanatizó por un Rey-pontífice, para olvidar luego al Papa; que combatió al Papa, para librarse del Rey; que buscó en la secularización del gobierno lo que no acertaba á definir; que quiso constitución, para ponerse á la moda, y se disgustó pronto de esa constitución, porque no estaba de última, digámoslo así; que pidió libertad sin límites en las instituciones, en la imprenta, &c., &c., para gobernar por sí mismo; que ojeaba impacientemente las páginas de la revolución francesa, para echar la segunda edición de esta historia deplorable: que muy pronto declaró incompatibles el *progreso* y el *Papa*; que... Basta... ¿A dónde iba este pueblo?—A la muerte.—¿Por dónde caminaba?—Por la anarquía.—¿De dónde había partido?—Del cisma.

¿Y los otros Estados de Italia? Aquí se afirma el despotismo; allí se desarrolla la tiranía; allá se hunde un trono; acullá una confederación se inaugura; ora se pronostica todo para la república;

ora se promete mucho á los partidarios reaccionistas de las combatidas ó arruinadas monarquías. Las antiguas tradiciones descienden á la empeñada lucha y perecen luego á manos de las nuevas teorías; los viejos títulos de tantos soberanos se eclipsan entre las densas nubes que levanta la revolución europea; las doctrinas se confunden, los políticos se desconciertan: nuevas generaciones parecen venir de momento á reemplazar á las de hoy. Todas las excisiones se preparan al combate; cada partido quiere reinar sobre la tempestad; y *la ciudad eterna*, en tan tremenda crisis, parece ir á la vanguardia de la muerte política con que es amenazada la Europa. ¡Políticos profundos, sagaces discurredores, soberbios filósofos, valientes y hábiles guerreros, venid, conjurad la borrasca, reincorporad tantas dispersiones sobre los antiguos cimientos de la sociedad europea: vosotros principalmente, los que lanzando una risa de lástima sobre los que veían ligada la suerte del mundo político á los destinos del catolicismo, os burlábais de su influjo, dirigiendo un fino cumplimiento á la venerable y augusta persona del Pontífice reinante (1); venid, acometed á la grande empresa: obrad una nueva creación en medio de ese caos; decid con el énfasis que os es tan propio; *hágase la unidad*, y ya veremos si *la unidad es hecha*. ¡Vano esperar, católi-

(1) Véase la obra de Andrés Luis Mazzini, titulada: *Del Italia dans ses rapports avec la liberté et la civilisation moderne*: tom. II, part. 2., cap. V, pág. 193. (Ed. de Paris, 1847.)

cos! inútil pedir! ¡Ah! si el Señor del cielo y de la tierra no ha de venir á levantar este edificio suntuoso en que compitan la elegancia y belleza de los pormenores con la unidad magestuosa del conjunto, los miserables y soberbios arquitectos políticos nunca lograrán por cierto, sino reproducir el fenómeno de aquella famosa Babel, cuyo recuerdo nos conserva la Historia santa como una infalible profecía, ó como una protesta viva del poder del cielo contra las locuras de la tierra. Si no me creis á mí, creed al Profeta, que es quien lo ha dicho, y á un Profeta que miraba el porvenir desde la altura de un trono, y que cantaba su impotencia, cuando ya se habia hecho famoso por haber postrado diez mil enemigos á su derecha y mil á su izquierda. David es quien habla: *Nisi Dominus edificaverit domum in vanum laboraverunt qui aedificant eam* (1). Os alarmais frecuentemente por la suerte de la sociedad, y bien haceis, porque debemos amarla, como Jesucristo amaba á Jerusalén: mas poniendo vuestras esperanzas en el hombre, para que ella se salve, haceis mal, porque no es el hombre quien ha de salvar la sociedad: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam* (2). Quereis que el orden se conserve, y quereis bien, pues por aquí se camina á la felicidad; pero poncis mano á la obra ¡ó políticos! y obrais mal, comenzando por arrancar el uno del otro, esos dos elementos en cu-

(1) Ps. CXXVI. v. 1.

(2) *Ibid.* v. 2.

ya combinacion está el secreto de la vida social, el elemento político y el elemento religioso.

Por fortuna, señores, la suerte de la sociedad no depende de los políticos, sino de los pueblos; y si aun he de buscar la última esactitud en la expresion de mi pensamiento, no depende tampoco de los pueblos, sino de la Providencia. Dios castiga la obstinacion del orgullo político, del orgullo filosófico y el desenfreno de las masas indómitas, haciendo aparecer lo contrario de lo que imaginan, anuncian y se prometen, y convirtiendo los acontecimientos en un poder irresistible que burlando los cálculos y las previsiones, triunfe de la anarquía, domine las revueltas y restablezca el orden en la sociedad. Ved, si no, lo que de facto sucede: observad esas tendencias espontáneas y comunes á favorecer la causa del Pontífice; escuchad los ecos de las tribunas europeas y la voz de la prensa; notad ese movimiento religioso tan estrañamente improvisado en la época presente, esas conversiones políticas y morales que de todas partes nos vienen á sorprender; esa recelosa cautela con que se oyen y reciben las nuevas teorías; ese pudor nobilísimo de los grandes talentos desengañados, que vuelven á los caminos que habian pretendido no ha mucho borrar del campo de la investigacion; esos pareceres nuevos, esos libros nuevos, esos hombres nuevos, esa conducta nueva, esa Europa nueva que va reapareciendo con una sorprendente juventud en los instantes críticos en que debia estar sepul-